

Long Play

Aunque no lo creas puedo precisar el momento exacto en que cruce el muro que existe entre la niñez y la adolescencia. No lo digo desde el punto de vista hormonal ni por los primeros pelos que asomaban bajo mi nariz o en mis huevos, tampoco por la forma en que me empezaban a gustar las chicas, lo digo desde aquel preciso momento en que escuché en un programa de televisión a cuatro muchachos que cantaban a los gritos sacudiendo sus cabezas.

—¿Quiénes son esos flequilludos? —preguntó papá con cara de asombro.
—Los Beatles papá! ¡Esta es la música moderna! —le contesté y mi visión del mundo hizo un giró de ciento ochenta grados.

Yo quería saber de esa nueva cultura, del contenido de sus letras que traducía con el apoyo de mi *teacher* de inglés y de porqué las pibas lloraban y se volvían locas con sus canciones.

Cada vez que bajaba del colectivo, en vez de cortar por la calle que me dejaba justo en la esquina de casa, me bajaba una parada antes para volver por la avenida y así poder pasar por la disquería. Más de una vez entré y le pedí al encargado que pusiera un ratito alguna de las canciones de los cuatro de Liverpool y salía de raje para casa para que mamá no me retara.

Papá le había regalado un combinado Ranser a mi vieja para el día de la madre y solo teníamos un disco simple, de esos chiquitos que traían una canción de cada lado. Era un bajón de un gallego llamado Víctor Manuel y que cada vez que lo ponían mi vieja lloraba desconsoladamente pensando en el abuelo y las historias que este nos contaba sobre su vida en Asturias. El disco lo ponían, mañana, tarde y noche y la vieja lloraba en los tres turnos sin excepción. Yo le pedía a papá que comprara algo más moderno y algo más alegre, que comprara obviamente uno de los melenudos que a mí me gustaban, pero él no me daba bola, decía que esa música iba a pasar de moda

muy rápido y que me dejara de tonterías. El espíritu rebelde ya estaba encendido en mí.

Un día en el que mi mamá estaba ocupada, le pidió a mi viejo que me llevara a la peluquería como era habitual una vez por mes, a los curas no le gustaba que el pelo tocara el cuello de la camisa. No me acuerdo porqué, pero papá me dejó en la peluquería, le encargó al peluquero que me contara con la maquinita como siempre y se las tomó. Yo de motus propio le modifiqué el encargo, le dije que mi papá se había equivocado y lo que quería era que me hiciera un flequillo igualito al de George, Paul, John y Ringo.

Cuando el viejo vino a buscarme, se enojó muchísimo con el peluquero por lo que me había hecho en la cabeza, parecía que me había cortado el pelo con una taza gigante. Le pidió que me pasara la cero, pero por suerte el peluquero lo paró en seco y lo convenció diciéndole que era la nueva ola y que en muy poco tiempo todos los pibes iban a usar esos peinados nuevos. A mamá al principio no le gustó, hasta le tiró la bronca al viejo, pero después de un rato me dijo que me quedaba lindo y hasta lo mando para que le hicieran el mismo corte a mi hermanito.

Una mañana, mientras venía caminando por la avenida y haciendo mi parada habitual en la disquería, en el negocio que vendía ropa elegante a solo dos locales de este, vi pegado sobre la vidriera un cartelito que decía “Se busca cadete” y con letra más chica “Con ganas de aprender”. No sé si tenía ganas de aprender, pero para mí era la única posibilidad que tenía para poder comprarme mi primer Long Play del grupo que admiraba y al que había adoptado como modelo de vida.

Tengo el recuerdo que a causa de mi insistencia para que tuviéramos otro disco que no fuese el del gallego que hacía llorar a mi vieja, papá una noche se apareció con un Long play de Ginglola Cinquetti. Era una tana que cantaba unas canciones al menos un poco más alegres y al ser un larga

duración tenía muchas pistas diferentes y no la hacían llorar a mamá, aunque, por ser en italiano, tampoco le gustaban.

Esa semana me animé y continuando con mi incipiente espíritu rebelde me presenté en la sastrería y frente al ruso Samuel y su mujer me postulé al puesto de cadete argumentando que era un chico muy despierto y lo único que quería era aprender. El ruso sabía que yo era menor de edad, por eso me preguntó varias veces si mis padres estaban de acuerdo con que yo trabajara, a lo que le respondí que en casa, con lo que ganaba mi papá, no alcanzaba para alimentar a mi hermanito y a mí, con lo cual el ruso me dio el trabajo a partir de esa misma tarde.

A las mañanas iba a primer año en el cole de los curas y a la tarde cumplía con mi media jornada laboral en lo del ruso Samuel y su mujer. Obviamente tuve que blanquearles la situación a mis padres, no me sentía bien mintiéndoles, ellos en vez de prohibir mi iniciativa optaron por amenazarme sutilmente con que, si yo bajaba el promedio de mis calificaciones automáticamente se acababa mi empleo de cadete en lo del ruso y pasaría a reclusión perpetua domiciliaria.

La mujer de Jacobo me tenía cortito, me mandaba a limpiar las vidrieras una vez por semana, a vestir a los maniquíes con los nuevos modelos que le llegaban, a revisar si la ropa interior que nos traían para cambar no estaba sucia de caca y otras tareas igual de relevantes. Al llegar al día treinta, el ruso me pagó peso sobre peso según lo acordado y en vez de ir corriendo a mi casa para mostrarle la fortuna que había ganado a mi papá, primero pasé por la disquería y me compré mi primer Long Play de los Beatles. “Help!” decía la tapa, tenía a mis cuatro ídolos con ropa abrigada dibujando con sus brazos y piernas las letras del nombre en base a un alfabeto semáforo (el que se usa en el ejercito) sobre la nieve. Fui a casa y en el combinado estaba sonando el Víctor Manuel y mi vieja lloraba como boba en el sillón como de costumbre. Le pregunté si podía poner un ratito mi

nueva adquisición. No muy convencida me dejó. Al principio ponía cara de asco, pero cuando llegó la anteúltima canción del lado “B” todo cambió. Primero sonaron unos simples acordes rasgueados de guitarra acústica, luego comenzó la voz de Paul entonando “Yesterday” y ahí mis padres se dieron cuenta que esa música no era pasajera, que había venido para quedarse.

Hoy, a más de cincuenta años de ese momento histórico, pasaron muchas cosas. Con el tiempo compré muchos casetes, luego CDs y luego otra vez Long plays que atesoro con amor aunque ahora los llamen vinilos. El combinado *Ranser* desapareció, como otras tantas cosas lindas y otras no tanto, pero el sonido de esos cuatro flequilludos, como papa los había bautizado, sigue vivo e intacto en mí.